

METAFISICA DEL ESPACIO

“EL TIEMPO”

Como continuación a mi artículo anterior desearía hoy seguir analizando, bajo otro aspecto, ese concepto vago o brumoso de «Espacio negativo», que me atreví a denominar «caos». Esto me da ocasión de tratar ahora la metafísica del «tiempo».

Efectivamente, algo me quedaría en esta mi pequeña inquietud filosófica cuando, con cierta frecuencia periódica, busco un refugio de silencio, empleando algunas horas de estudio —no demasiadas—, en la austeridad de un monasterio benedictino. Hoy, imitando a Locke, yo os diría que ese retiro es para mí como una pasión. Al escribir estas líneas abusando, queridos lectores amigos, de vuestra benévola atención os diré francamente que esos descansos no los supe utilizar en otra forma más útil.

Lo que en mi artículo anterior llamaba «espacio negativo» (no tengo demasiada erudición filosófica, lo que a veces resulta de más sinceridad para una exposición de carácter metafísico, es muy posible que ese concepto se haya empleado ya por otro tratadista.) lo deduje por una cierta adhesión a la teoría científico-filosófica que viene remozando —diría yo— más que desarrollando un ingeniero y profesor italiano, muy famoso en Bérghamo, llamado Marco Todeschini, con el que me cabe el honor de mantener una amistad sincera, si bien sea esta casi epistolar.

Si hay materia negativa (este concepto del negativismo en la **materia** no lo trata precisamente Todeschini) forzoso es que exista también —y aquí si me baso yo en la teoría de ese profesor— un espacio negativo, ya que toda materia no es otra cosa que un fluido homogéneo de espacio en movimiento.

Sin embargo, «La scienza unitaria del creato», obra mediante la cual Marco Todeschini trata de unificar en relación íntima, y bajo idénticas y valederas leyes mecánicas los fenómenos físicos, psíquicos y químico-biológicos, no resulta en el fondo otra cosa, salvo los matices introducidos e investigados científicamente por este autor, que una coincidencia con la llamada «filosofía del dinamismo», de Leibnitz. En este sentido me recuerda ahora Todeschini mucho más a Leibnitz que a Descartes, no obstante declararse nuestro amigo rigurosamente cartesiano.

De todas formas, nos movemos (nunca mejor empleada esta palabra) dentro de la filosofía leibniziana «del movimiento». Por otra parte ningún físico —no diría solamente físico— duda ya a partir de Einstein que no exista en las cosas energía bloqueada, y que un movimiento constante ondulado y ordenado es la única jerga o elemento interior de toda la materia.

Ya de antiguo la escuela filosófica del dinamismo (me sigo refiriéndose ahora solamente a la de Leibnitz y algunos de sus seguidores como Magy) (1) habían deducido que el espacio, fuera de su idea abstracta de dimensión indefinida, no tenía realidad; es más, no podía existir en una lógica, que no fuese la de mera abstracción, sin asociarle a una energía. La energía, por otro lado, es también inconcebible sin el factor «tiempo». Marco Todeschini asocia todavía, con sus leyes mecánicas, a la fuerza **espacio-tiempo** las energías psíquicas del alma, pero —bien mirado— tampoco en esta identificación anda demasiado alejado de la filosofía leibniziana «del dinamismo».

He de confesar que Todeschini, como todo científico de investigación positiva, no pretende precisamente penetrar demasiado en el campo de la metafísica, si bien, en el fondo, toda su teoría caiga bastante directamente dentro de esa filosófica demarcación. De todas formas no hemos de ver en este profesor italiano un puro positivista estilo de Augusto Conte, ni mucho menos como el actual biólogo francés Jean Rostand, científico éste último que pretende calificar de sugestión toda especulación metafísica, y hasta parece en alguno de sus escritos com-

(1) Según Magy, el tiempo no puede representar una cantidad o magnitud matemática en tanto no se le relaciona con la extensión o con la energía. El péndulo mismo (medida de tiempo) mide sus campos mediante un recorrido circular, y es la fuerza de la gravedad quien le acciona.

Según Cousin, de la escuela «ecléptica» la idea de espacio va intrínsecamente unida a la de cuerpo, y por ende de materia; sin embargo, la idea de cuerpo es contingente y relativa, encierra límites, mientras que la idea de espacio abstracto la recoge la razón pura sin necesidad precisamente de limitarle. Extensión sin forma visible no significa precisamente extensión vacía o sin fuerza. La fluidez energética del espacio puro hay quien la reconoce o aprecia como vacío.

placerse en amargar nuestra existencia, quién sabe si para evadirse él mismo de su propio estado de inesperanza. Menos encontraríamos en Todeschini ese raro idealismo ascético-maternalista de Schopenhauer. Todeschini, como un nuevo Descartes (2) es ante todo un geómetra moderno que hace sinónimos los conceptos de alma, espacio y energía, que es en suma la **materia**, sin por ello dejar —si no todo lo contrario— de ser un creyente en la ortodoxia del catolicismo.

Pero, en fin, si estamos ahora sobre las cuartillas es únicamente para concretar aquel concepto geométrico de **espacio negativo** intimamente relacionado con el factor **tiempo**, y a ello hemos solamente de atenernos.

El **espacio** —dijimos— no puede existir sin energía, y la **energía** carece de sentido sin el **tiempo**. Si; en efecto —cosa que es muy probable—, se hubiese descubierto la **antimateria** ese descubrimiento llevaría implícito también —según expliqué en mi artículo anterior «Metafísica del espacio»— la existencia del espacio negativo, habida cuenta que el **espacio**, aún con su posible disfraz de **abstracción** resulta siempre una realidad energética. Ahora bien, como la idea de fuerza o energía no puede separársela del concepto tiempo, por la íntima relación física entre ambos, no podemos menos de pensar en un **tiempo** positivo o negativo, según que ese tiempo corresponda al **espacio** de la **materia** o de la **antimateria**. Sin embargo, como veremos después, el factor **tiempo** es de un solo signo para las dos energías: el **negativo**, pero como tal, al establecerse con él relaciones; es decir, multiplicaciones y divisiones, con la materia negativa el resultado será siempre (por ley algebraica) positivo, y será negativo con la materia positiva, que es la que aparentemente palpan nuestros sentidos.

A las tres dimensiones concebibles por nuestra mente del espacio: largo, ancho, y grueso, hay que añadir —y de esos muy pocos dudarán—, la cuarta dimensión que es el **tiempo**, pero el **espacio** —recordemos— que es materia viva, por lo que toda **materia** es energía. Encaminados en la vereda de estas deducciones pudiéramos llegar a un absurdo: En efecto; si el espacio es materia, si la materia es energía, la energía es tiempo y el tiempo es constante factor negativo, resulta que en la creación todo valor y toda forma resultaría siempre negativa. No obstante, según iremos viendo, no podemos llegar a la aberración de ese maniqueísmo.

(2) Descartes decía que este universo que parece enteramente de estructura geométrica está habitado por fuerzas vivas que no dejan de ser tampoco otra cosa que meras abstracciones.

Analícemos los factores: El factor energía positiva es desde luego factor único animado de una finalidad —estilo Leibnitz— pero no es un factor puro o gratuito. Parece ser más bien un valor condicional. Se asemeja en su funcionamiento al cohete que avanza, en su ascensión, mediante reacciones negativas, que a su modo son también resistencias positivas. Es precisamente esa reacción intrínsecamente necesaria a la mecánica general del universo; es decir, en la que se apoya la fuerza o energía íntimamente unida a la materia. Pues bien, ese apoyo de signo contrario a lo ascensional o energético es precisamente donde debe de andar el factor **tiempo**. En él se basa todo movimiento, incluso toda una energía cósmico planetaria.

La **Creación** —por así decir— es atraída hacia un abismo. Por una reacción positiva, por una solidaridad o maridaje con las ondas vibratorias de luz, de signo positivo, nos sostenemos y nos elevamos contra el **espacio tiempo**.

Bien analizada esa gravitación de los astros, con toda su ley newtoniana, es más caída que automovimiento; sin embargo, como esperanza en la vertiginosa marcha sobre los abismos siderales de las galaxias, como testigo solitario, imperecedero del cosmos, sigue en sentido contrario indeseable; —es decir, en sentido positivo—, avanzando la luz. Para exponer un símil más comprensivo, diremos, que la dimensión **tiempo**, constantemente negativa, viene a ser algo así como lo que ocurriría con aquel programa tan popular de la Televisión conocido con el nombre de «Un millón para el mejor»: Primeramente al concursante elegido le entregan el millón, y luego se le va restando ante un cuestionario infinito de la Creación (es el caso del hombre), hasta terminar su cuenta a cero.

Toda energía, llamémosla material o espiritual (la dualidad, en este aspecto, no todos los filósofos la admiten) cada instante positivo está presente en la **Creación** como atributo de Dios o como imagen misma del Creador (3).

Debe ser la creación sólo presencia en su destino itinerante hacia una perfección plástica (valor positivo), y es presencia también en su destrucción u originaria caída (fenómeno teo-

(3) Nuestro filósofo árabe-cordobés Maimonides; sin embargo, parecía otorgar a Dios solamente una especie de concepto negativo con relación a las cosas. La creación es múltiple —decía—, Dios no es ni múltiple ni divisible. Dios es independiente del espacio y del tiempo. Maimonides —por lo tanto— aprecia un positivismo en la división por cuanto todo lo visible es divisible, otorgando a Dios en esta relación (no obstante ser el creador) solamente atributos negativos, lo que no deja de ser un absurdo, si bien en el aspecto sensorial de lo *bueno agrado*, y de lo *malo desagrado*, no deja de tener un fondo de ascetismo a la vez que por otro lado se aparta notablemente del panteísmo pagano. En sus consecuencias últimas pudiéramos encontrar las fuentes de una aberración nihilista.

lógico inexcutable); de suerte tal que esta última es simultánea a la reconstrucción, redención o ascenso, como semilla de un fruto que para crecer cae a tierra, pudre, hasta que la luz le levanta, le resucita, para convertirle en tallo y producir nuevos frutos en su itinerario espacial; no temporal en el sentido de **abstracción** que tenemos del **tiempo**, y eso desde el primer germen del Sembrador, desde el Fiat cosmológico. De ahí la relación entre el símbolo bíblico de este fruto y la anécdota de la ley newtoniana (caída de la manzana), principio de gravedad universal extensiva también al alma. Era una especie de (inexorable inspiración de Newton) ley mecánica, que nos arrastra hacia abismos cada vez de mayor masa o potencia, pero puede ser también el pensamiento angélico de Einstein liberando la **onda luminosa** hacia la única dimensión constante e inmaculada.

Así, pues, el itinerario de ascenso debe llevarse a cabo mediante reacciones sobre ese abismo dimensional negativo que apreciamos como tiempo, siendo la Creación desde el **punto geométrico** de su partida (forzoso nos es retornar aquí al concepto cartesiano) fuerzas psíquicas, y únicamente tales, incluso lo que apreciamos como **materia**; fuerzas dotadas de individualidad independiente; consciente, inconsciente o semiconsciente, hermanas franciscanas del alma humana, pero orquestadas por el Creador desde el origen **itinerante** de la luz que fue hecha.

La idea de **sucesión** (4), tan parecida a la de **tiempo**, es aparente pero necesaria al mecanismo sensorial que se conecta en nuestra mente. En consecuencia, solamente hay **momentos** de presencia en un movimiento a la vez positivo y negativo; es decir, simultáneo, pero de mayor energía el primero, el ascensional. Así nos lo prueban los testigos, al aparecer infinitos, de una luz inexcutable que llega hasta nosotros desde itinerarios inconmesurables del espacio, y que logra vencer las energías negativas de los campos gravitatorios del tiempo, alargando un espacio por donde se extiende también la energía psíquica consciente del alma humana.

Un pensador como Tehiland de Chardin, a quien ateos ultra neopositivistas, como el antes citado Juan Rostand, en des-

(4) Decía el Abbé Boutain que la característica de la idea de tiempo es la movilidad como el concepto de inmutabilidad lo da la eternidad. Así, pues, encontraba en el tiempo un orden de sucesión como en el espacio un orden de contigüedad. Como es lógico esta explicación nada nos aclara si nos atenemos a nuestra intención de vislumbrar, siquiera vagamente, una mayor penetración metafísica del concepto mismo. Toda otra explicación —al parecer más razonable— no hace otra cosa que hacernos girar en torno a un discurso tautológico, llamando al tiempo sucesión y al espacio contigüedad.

graciada coincidencia con algunos religiosos muy píos de su Orden ignaciana, tratan, no obstante, de ridiculizarle. Para Teilhard la consideración de este fenómeno cósmico, moralmente tan contradictorio, significa nuestra ascensión hacia lo escatológico que es la luz de Cristo. Sin embargo, el jesuita francés no consideró el fenómeno de la caída, y mucho menos su simultaneidad con lo ascensional. Su apreciación, no obstante de resultado **positivo**, coincidente también con la del filósofo Leibniz, debe tener una explicación matemática. Veamos: cuando dos magnitudes logarítmicas se adicionan (aquí podemos considerar dos magnitudes logarítmicas lineales de dimensión **tiempo**, teniendo en cuenta que el **tiempo** solamente lo apercibimos de una forma lineal e indefinida), si bien esas dimensiones son de signos negativos, se convierten por la adición logarítmica en multiplicandos, y —como dije al principio— si se multiplican dos factores o más, de signo negativo, el producto es positivo.

Resulta curioso —fijándonos bien—, que bajo los efectos de esta misma ley podríamos enclavar como verdadera (por lo menos en este aspecto) la teoría de Hegel y sus consecuencias en el llamado materialismo moderno, que no es otra cosa que progresismo. En efecto, la sucesión de relaciones temporales y por ende negativas de tesis y antítesis vienen a resultar positivas en la dialéctica de la historia.

Como resumen en esta expresión que pretendemos dar al concepto **tiempo**, para esta nuestra metafísica del **espacio**, diré que no puedo menos de apartarme —máxime considerando la ley de Todeschini de considerar el espacio flúido y magnético— de alguna otra idea que no tenga como base las coordenadas cartesianas, por lo que nuestro entendimiento es sólo itinerante y espacial, pero uni-presente; es decir eterno. La impresión de sucesión está basada sobre un indiscutible valor negativo. Así pues, si el itinerario —pongamos por ejemplo— de nuestra vida lo consideramos inmerso en el tiempo, nuestra vida es negativa, pero sumados logarítmicamente sus segmentos (nunca mejor empleado el símil de longitud logarítmica para la vida, ya que las dimensiones al avanzar sus números se hacen sensorialmente más cortas) dan un resultado matemáticamente **positivo**.

Ese resultado viene a ser como el alimento para un camino de peregrinación (simple recorrido espacial). En ese camino se nos ha cortado un pan. El pan como viático del caminante tiene también dimensiones negativas de tiempo, pero en la forma de partirlo (la división de valores negativos también produce resultados matemáticamente positivos); nosotros, caminantes de

Emaus, conocemos a aquel que nos salió en el camino, Aquel que es autor del paisaje entero e inamovible; de Aquel que, sin necesidad de desplazarse, por ser el autor de la luz, venció lo precario de la dicha, la escasez incomprensible de los bienes, para terminar con la avaricia perturbadora (sombra del caminante) que es el **tiempo**.

Próspero GARCIA GALLARDO